



# Las Cartas de San Pablo

## 2ª Carta a los Tesalonicenses (2 Tes)

C  
u  
e  
s  
t  
i  
o  
n  
e  
s  
T  
e  
o  
l  
ó  
g  
i  
c  
a  
s

### Eclesiología

San Pablo no dirige sus cartas a unos cuantos individuos, sino a la «Iglesia de los Tesalonicenses». Piensa en la comunidad de salvación. El Apóstol no es un convertidor de almas, sino un fundador de iglesias. Los cristianos tesalonicenses son una comunidad, en la que se realiza el designio salvador de Dios, del que Pablo ha sido instrumento al predicar el Evangelio; para esto han sido «**elegidos**» (1 Tes 1, 4), «**escogidos**» (2 Tes 2,13), «**destinados**» (1 Tes 5,9). En estos tres pasajes, con tres verbos diferentes, pero con idéntico significado fundamental, resuena el eco de la elección en el A. T.: Yahvé «**escoge**» libremente al pueblo -iglesia- de la alianza.



El término «**iglesia**» utilizado por San Pablo en el saludo inicial de ambas cartas designa directamente a la comunidad cristiana local. Sin embargo, la idea de Pueblo de Dios parece incluir ya una referencia a la Iglesia Universal; las distintas iglesias locales son una realización concreta. La alusión a «**las iglesias de Dios que están en Judea**» (1Tes 2,14) se refiere a la iglesia madre de Jerusalén y a otras comunidades palestinas que forman la Única Iglesia de Cristo.

### Teología trinitaria

La comunidad a la que Pablo escribe ha sido ciertamente elegida, convocada por Dios. Pero, no se trata del Dios Uno del A. T., sino del misterioso e inefable Dios trinidad revelado por Jesús Nazaret.

San Pablo, desde el principio, establece esta verdad nuclear en el Nuevo Pueblo de Dios. En el saludo nombra a Dios Padre y a Jesús el Señor; pero, en seguida, aflora la tercera realidad divina: el Espíritu Santo (1Tes 1,5-6), que no deja de estar presente en estas cartas (cfr. 1Tes 4,8; 5,19; 2 Tes 2,13).



Los Tesalonicenses constituyen una iglesia de hermanos. El término de iglesia era usado con cierta frecuencia, por judíos y por griegos. Pero aquí el Apóstol lo proyecta con una luz nueva. La fraternidad cristiana entronca sus raíces en Dios Padre a través de Jesu-cristo, el Señor (1 Tes 1,4; 3,11-13; 2 Tes 2,13-16).

### La Parusía y el Anticristo

La tensión y la inquietud seguían siendo un peligro por una falsa aprensión fomentada por unos impulsivos, en nombre del Apóstol, de que la Parusía era inminente.

A este respecto concreto, resulta interesante confrontar la descripción paulina con la que ofrece el discurso escatológico de los Evangelios Sinópticos. Las coincidencias son numerosas (cfr. 1 Tes 4,16-17 y Mt 24,30-31; 25,6; 1 Tes 5,1-10 y Mt 24,36.42-49; Lc 21,34-36; 2 Tes 1,9-10 y Mt 25,31ss., etc.). Parece indicar que la

fuente común de inspiración es la enseñanza escatológica de Cristo recogida por la tradición. Es muy verosímil que Cristo empleara, al hablar de ello, los esquemas de la apocalíptica judía, entonces tan en boga. Le venían bien para referirse a algo cuyas circunstancias concretas quería dejar veladas en el misterio. Es lo mismo que, sin duda, hizo San Pablo cuando anunció el Evangelio a los tesalonicenses. El género literario utilizado por el Apóstol en su enseñanza oral hubo de ser el mismo género apocalíptico de sus escritos, en que símbolos e imágenes estereotipadas están al orden del día.



No ofrecen resultados claros, los intentos de identificar la «apostasía», la «gran tribulación», el «impío» y el «obstáculo» con situaciones o personajes concretos de la historia humana. Se desconoce, pues, el pensamiento del autor de 2 Tes al escribir estas páginas, pero, sin duda, debía de ser teológico. «Esta conclusión -escribe el P. Benoit- frustra y desilusiona nuestra curiosidad, pero es la más prudente y la más sabia en el estado actual de nuestra información».

### La hora de la Parusía

«El Día del Señor vendrá como un ladrón en la noche», escribe Pablo en 1Tes 5,2; y les recuerda que ellos ya lo saben sobradamente. Conociendo que la imagen del ladrón es rara en la literatura apocalíptica, se tiene aquí el eco de la palabra de Jesús que explicita la incertidumbre del momento y la urgente necesidad de vivir vigilantes (cfr. Mt 24,37-44; 25,1-13).



La ignorancia sobre la hora de la manifestación gloriosa del Señor, que, paladinamente confiesa San Pablo, no contradice las señales precursoras a que se refiere en 2 Tes 2,1ss., ni la aparente convicción manifestada en 1 Tes 4,15-17, de que él en persona asistirá al acontecimiento. No se opone, porque las señales precursoras son lo suficientemente vagas y misteriosas para que pueda seguir empleándose la imagen del ladrón que viene de improviso; ni tampoco a lo segundo, porque, aún en el supuesto de que Pablo esperase en sus días la Venida Gloriosa de Cristo, tal esperanza no implica el conocimiento exacto del día o de la hora en que han de ocurrir.

Y es cierto que toda la Iglesia cristiana primitiva vivió una singular tensión escatológica centrada en la espera anhelante del Señor. Si el acontecimiento cumbre de la historia salvífica, la Resurrección de Cristo, ya se había realizado, la consumación de esa historia no podía por menos de realizarse. Lo importante, lo decisivo, no son las circunstancias ni el momento en que se consume la salvación, sino la salvación misma, «**el estar siempre con el Señor**» (1Tes 4,17).

"Éste es un vaso de elección que elegí para que lleve mi nombre ante los gentiles."

Hch. 9:15

Año Paulino